

Carlos Obregón: cincuenta años bajo la sombra de los olmos

JULIO CÉSAR RODRÍGUEZ-BUSTOS

Docente, escritor y crítico literario.

Parafraseando un verso de “La sombra de Rimbaud” de Juan Manuel Roca, podríamos preguntarnos a manera de introito en la vida y obra del poeta Carlos Obregón, lo siguiente: “¿Quién es Carlos Obregón, quién este meteoro?”. Al dar inicio a este sentido homenaje nos ha sido inevitable no aunar en un único verso a este par de disímiles “meteoros” de la poesía universal. Uno, el galo, personaje mítico y de grata recordación en los anales de la poesía, y vívida presencia en *El tiempo de los asesinos*. Otro, el colombiano, leyenda viva, fantasmagórica presencia en los senderos de Deyá, y olvido natural en los anales poéticos de su tierra nativa. Nada nuevo, puesto que tal vez este endémico olvido que nos asiste a todos los hispanohablantes, con respecto de la poesía colombiana, ha sido y sigue siendo el destino de algunas de sus letras más representativas: vivir en carne propia el desconocimiento e ignorancia de sus obras, y morir para ser olvido que, como el ave fénix, renace de sus cenizas.

Así al menos ocurrió con José Asunción Silva: debieron pasar varias décadas hasta que la llamada generación de Los Nuevos desenterró, del olvido y de la infamia social, los nocturnos y las gotas amargas de su poesía. Y así ocurre actualmente, cincuenta años después de su muerte, con la *Distancia destruida* y el Estuario, de Carlos Obregón. Sin embargo, este olvido posiblemente se deba no tanto a la ingratitud de nosotros los lectores, a la mezquindad de los editores, a la miopía de los regentes de

la “cultura” burocrática, al poco interés de las masas por la poesía, a la contaminación de nuestras ánimas por parte de la política o al lugar común y canónico de la academia, sino más bien a aquello que suele llamarse “justicia poética”. Toda gran poesía, al igual que el vino, pareciera requerir añejarse durante un buen tiempo en las cavas del silencio y del olvido, para *a posteriori* concedernos el disfrute de sus mejores esencias.

¿Dónde la noche que mi noche buscaba?

¿Dónde estuvo el ser en la noche que es?

Contra la nada y el olvido que avanza

No hay que ser ingratos con el recuerdo. Han pasado cincuenta años desde que Carlos Obregón decidiera partir rumbo hacia “el bosque de paz desconocida”, que fue su única razón de ser y su “más alta locura”. En este transcurso temporal no podemos dejar de reconocer los antecedentes que han permitido que la obra poética de Obregón perdure aún en la memoria de nosotros los mortales, quienes, muchas veces, solemos morir más de ingratitud que de exceso de días.

Sea esta entonces la oportunidad para expresar nuestro reconocimiento a quienes en vida conocieron a Obregón, y en sus escritos o palabras nos han heredado el recuerdo de su carácter, la calidez de su personalidad o la generosidad de su sonrisa. O a los poetas que han tenido la fortuna de encontrarse en el camino de la poesía

con su lumínica obra y, para solaz nuestro, la han sabido compartir con las generaciones venideras. Tal vez esta sea una de las funciones del crítico y del poeta, —si las tienen, más allá de la creación del arte y su valoración—: ser muralla infranqueable contra la nada y el olvido que avanza.

Yo soy el poeta que mira la nada,
yo miro la gente —vaga y soñolienta—
y al mirar a la gente yo miro la nada.

Tras la trágica muerte de Carlos Obregón, un 3 de enero de 1963 en Madrid, Gonzalo Torrente Ballester con un breve escrito despidió a su amigo. Diez años después, en la década de los setenta, Camilo José Cela, con quien había entablado amistad en Mallorca, publicó *Estuario* en la colección Juan Ruiz de la revista los *Papeles de Son Armadans*, volumen que reseñó Quintero de Fex en el artículo “Carlos Obregón, poeta”, publicado un 31 de octubre de 1970 en el periódico *El Tiempo*. Posteriormente,

Marisa Torrente Ballester, quien cuando se encuentra con un colombiano mayor de setenta años suele preguntarle si conoció a Carlos Obregón y, si es menor, si ha leído su obra, nos recordó su juventud junto al poeta en Madrid cuarenta años después de su aciaga muerte. Tampoco podemos dejar de mencionar a Santiago Mutis Durán, quien en 1985 publicó en *Procultura*, y por vez primera en Colombia, la *Obra poética* de Carlos Obregón; así como a los poetas Juan Manuel Roca y María Mercedes Carranza, quienes durante la década de los noventa escribieron los primeros acercamientos críticos a su obra; o a Víctor López Rache, quien escribió el prólogo de la edición del poemario *Estuario*, que la Universidad Nacional de Colombia en manos de Catalina González Restrepo recuperó del olvido hace diez años justamente, en el 2003, cuando se conmemoraban sus cuarenta años de muerte. Y tampoco podemos olvidar a Nelson Romero Guzmán tal vez el



escritor que con mayor rigurosidad se ha adentrado en el estudio crítico de la obra de Obregón.

Luego, en la ausencia de todas las palabras,
el sol y las horas poblaron la tierra,
la promesa futura, lo antiguo del cuerpo de
la tierra.

Como podemos apreciar, no son muchos los escritores que se han ocupado de la obra de Carlos Obregón: habrá otros que seguramente desconocemos. Como tampoco son pocos los anónimos lectores que en el solaz de la poesía frecuentan la lectura de su obra. La poesía no necesita de las estadísticas para existir. Como reza el poeta: “No todo es la profunda penumbra que nos niega”. Hace apenas unas semanas, cuando siguiendo las huellas de Obregón fuimos acogidos por el escritor Plinio Apuleyo Mendoza en su casa, se alegraba él de que se le estuviese rindiendo homenaje a su amigo de infancia —a Carlitos como le llama—, con quien jugó y montó bicicleta de chinche en el barrio La Magdalena, de Bogotá:

¡Qué bueno que se acuerden de Carlitos!
Me preguntaba —se decía para sí— por
qué nadie se acuerda de Carlitos, con lo
buen poeta que es.

Que sirvan entonces estas bodas de oro entre el cielo y la tierra para recordar al poeta Carlos Obregón, y para invitar a leer su obra, para que lo inmortalicemos en su lectura, ya que, como el poeta nos recuerda con la sabiduría propia de su poesía:

El tiempo no es un fluir invencible,
sino una realidad de dimensión interna.

La generación dorada de los veinte

Carlos Obregón nació en la ciudad de Bogotá un 11 de noviembre de 1929. Se podría decir que fue el último poeta nacido en

una década prodigiosa que da renombre en la actualidad a una de las generaciones más ilustres de la poesía colombiana. Fernando Charry Lara (Bogotá, 1920), Maruja Vieira (Manizales, 1922), Álvaro Mutis (Bogotá, 1923), Jorge Gaitán Durán (Pamplona, 1924), Rogelio Echavarría (Santa Rosa de Osos, 1926), Eduardo Cote Lamus (Cúcuta, 1928) y el propio Carlos Obregón (Bogotá, 1929) son algunos de los nombres más representativos de una generación nacida en la década de los veinte, que llegara a publicar sus óperas primas alrededor de la década de los cincuenta o a comienzos de los años sesenta del siglo pasado.

Gaitán Durán, dueño y señor de una poesía tanática y erótica, publicará su primera obra, *Si mañana despierto*, hacia 1961. La nocturna lucidez de Fernando Charry Lara, verá la luz de *Los adioses* en 1963. Eduardo Cote Lamus en 1950 publicará proféticamente su *Preparación para la muerte*. Rogelio Echavarría en 1964, con la sencilla brevedad de su obra, publicará la primera edición de *El transeúnte*. Álvaro Mutis publicará los tormentosos y sísmicos versos de *Los elementos del desastre* en 1953. Maruja Viera en 1947 iniciará sus cantos de amor con *Campanario de lluvia*. Y Carlos Obregón publicará la trascendente y atemporal poesía de *Distancia Destruída*, en 1957.

Al igual que Cote Lamus, Carlos Obregón no publicó su opera prima en Colombia; pero, a diferencia del autor de “Estoraques”, quien gozaba de las mieles de una vida activa políticamente en su tierra nativa, Cúcuta, Obregón fue un exilado; este fue uno de los temas recurrentes de su poemario *Distancia Destruída*. Si bien su primer poema “Presencia del mar” se publicó en el Suplemento literario de *El Tiempo*, en Bogotá, un 28 de septiembre de 1952, tanto *Distancia Destruída* (Madrid, 1957) como *Estuario* (Palma de Mallorca, 1961)

verán la luz en el exilio. Obregón siempre se supo extranjero, aunque, como buen poeta, con perdurable y gravitacional morada:

Tu morada: la gravitación de cada día.
Tú, el exilado, el que perdura.

Algunos críticos han intentado arropar a estos poetas dentro la generación Mito, nombre tomado de la ilustre revista cultural que fundó Gaitán Durán, junto con Hernando Valencia Goelkel y Eduardo Cote Lamus, en 1955. Otros críticos han preferido denominarla como la generación de los Cuadernícolas, debido a las características del diseño editorial que tuvieron algunas de sus primeras obras. Por mi parte, y si se me permite, he preferido denominarla la *generación dorada de los veinte*, ya que, si bien algunos de ellos publicaron en la revista *Mito* y estuvieron de acuerdo con su propuesta cultural, no todos así lo hicieron. Por ejemplo, el propio Carlos Obregón nunca publicó en *Mito* y, por ende, tampoco puede ser considerado como parte de la misma: sus relaciones generacionales o, mejor aún, de amistad literaria, estuvieron más cerca de Piedra y Cielo y, sobre todo, del poeta Jorge Rojas. Y Álvaro Mutis, quien publicó *Reseña de los hospitales de Ultramar* (1958) en ella, nunca consideró apropiado pertenecer a este nombre generacional y prefirió el calificativo de cuadernícola por las características del poemario *La Balanza*, que publicó en compañía del filólogo Patiño Roselli un 18 de abril de 1949, y cuya edición se agotó por incineración al otro día en el Bogotazo, trágico hecho vandálico desatado por la muerte del político Jorge Eliecer Gaitán, en el cual el fuego y el pillaje acabaron con gran parte de la arquitectura de la antigua y virreinal Santa Fe de Bogotá, esa “ciudad increíble que redime las horas”, ese “frío sagrado”, ese “pinar entre las voces”.

Por mi parte, y si se me permite, he preferido denominarla la *generación dorada de los veinte*, ya que, si bien algunos de ellos publicaron en la revista *Mito* y estuvieron de acuerdo con su propuesta cultural, no todos así lo hicieron.

Y tampoco se puede decir que todas las óperas primas de estos poetas colombianos hayan tenido como característica el diseño propio de los cuadernícolas. Eduardo Cote Lamus y Carlos Obregón no encajarían en esta denominación al haber publicado sus primeras obras en diferentes formatos y en España, no así en Colombia, como sus demás contertulios. En cambio, la década de los años veinte del siglo xx en Colombia vio nacer a cada uno de ellos; de ahí que prefiramos bautizarlos con el nombre de generación dorada de los veinte. Y si hubiese alguna objeción a este nombre, como es lógico que así sea, y para no caer en inoficiosas discusiones, compartimos más bien este verso de Carlos Obregón con el cual se da cuenta de modo diáfano de la atemporalidad del poeta y de su alada criatura el poema: “Basta el viento y poseer su origen”.

Empero, y antes de dar por concluidos estos engorrosos asuntos generacionales, quisiera detenerme en un par de características que, aunque anecdóticas, logran igualmente hermanar a esta generación dorada de las letras colombinas. Por una parte, la longevidad de cuatro de sus integrantes: Fernando Charry Lara llegó a alcanzar los 83 años de vida; la muerte

le sorprendió en la ciudad de Washington en el año de 2004. Álvaro Mutis, tras celebrar sus noventa años de vida en el 2013, falleció pocos días después en Ciudad de México, donde vivió gran parte de su vida de exilado, rasgo político y poético que comparte con Carlos Obregón. Rogelio Echavarría, con 87 años, y Maruja Vieira, con 90, siguen sumando calendarios, así sea, a esta prodigiosa camada de la poesía colombina.

Por otra parte, el segundo rasgo que caracteriza a los tres poetas restantes es su muerte prematura y por demás trágica: Jorge Gaitán Durán murió un 21 de junio de 1962 en un accidente aéreo en Pointe-à-Pitre, Guadalupe, a la edad de 38 años. Eduardo Cote Lamus falleció en un accidente de tránsito entre Pamplona y Cúcuta un 3 de agosto de 1964, un año después de publicar sus *Estoraques*. Tenía 36 años de edad. Y Carlos Obregón falleció igualmente en un accidente de tránsito cuyos móviles aún siguen siendo oscuros pero no por ello menos trágicos, en la ciudad de Madrid, España, en el año de 1963, a la edad del Cristo Redentor que tanto contemplara su gracia poética.

Solo en Gracia el alma percibe lo que es suyo,
desde Dios nace y hacia Dios gravita
con la encendida herencia de su gloria,
redimida en desierta luz sonora.

Mira hacia adentro

Desde el inicio de estas palabras hemos aunado a los “meteóricos” Rimbaud y Obregón en un verso de Roca, y así lo hemos hecho porque, posterior a la pregunta que este contiene, encontramos como respuesta un par de versos que a nuestro entender dan cuenta de un modo hondo —como solo la poesía suele hacerlo— no solo del arte poética del galo sino también de la del

colombiano. Estos versos de Roca se responden así:

Nunca otro silencio gritó tan hondo
por las soleadas soledades del adentro.

Tal vez la única palabra que le cambiaríamos a estos versos —si se me permite tamaña profanación— sería “grito” por “canto”, “rezo”, o “memento”, y esto únicamente, para significar la diferencia entre la poesía del galo y la poesía del colombiano. Sabiendo de buena tinta, el aprecio y conocimiento que el poeta Roca tiene por la poesía de Carlos Obregón, creemos que esta asociación no le desagradaría. Muy por el contrario, posiblemente la celebraría. Al igual que con la poética del galo y su *Mala sangre*, con la poética de Obregón y su “Silencio del fuego”, nos encontramos ante una poesía visionaria que, como pocas, tan hondo ha mirado hacia adentro.

Mira hacia adentro
y palpa lo que queda
mira el ser hacia ahora
hacia el guijarro
y la espuma plateada.

La diferencia de visión entre estos dos poetas tal vez radique en que el *de profundis* de Rimbaud es propio más de un demonio de rebelión y de destrucción. Obregón en cambio es un ángel de revelación y de creación: el plan de Elohim. La profundidad del galo es infernal, la profundidad de Obregón es celestial. Ambos saben que estamos inmersos en “el tiempo de los asesinos”, pero Obregón no se rebela contra el mismo, tan solo le reconoce: “el siglo de la carne” como a bien tuvo llamar su época. No se lanza en ristre contra la civilización y el iluminismo del hombre ilustrado, pero tampoco “avanza con las horas”. Tan solo se dedica a “atestiguar la santidad del viento”. Su poesía es una temporada en el cielo.

Sabe, al igual que Rimbaud, que “nuestra pálida razón oculta el infinito”.

El perro, en el huerto, huele a Dios sin saberlo.

No es un disconforme. Su preocupación es adentrarse en el alma y apreciar la verdadera naturaleza del hombre. No pretende romper sistemas por medio de la acción sino por medio de la contemplación. La visión del infierno terrenal no es nada, comparada con la visión de la divinidad y de su morada celestial. Los textos de *Estuario*, como “Domingo”, “Días del monje”, “El silencio del fuego”, “El tiempo contemplado” y, claro está, “Peregrinaje: Elohim”, son cantos o mejor aún, salmos elohísticos.

Asciende Ángel, asciende hasta tu origen.
Este es el simple hecho de amor que tú has buscado.

En la poética de Obregón tampoco habita la tan cacareada misión del poeta, sino más bien la visión de la poesía por parte del poeta. Su poesía, como expresión artística, es creación, y su resultado final, es decir la obra, revelación. Obregón no intenta abrir una ventana hacia el infinito, aunque en su primer poemario *Distancia destruida* nos encontramos justamente con ese viaje poético que le permite al poeta vencer la distancia, tanto temporal como espacial, que lo separa de sí mismo, de los otros y sobre todo de la divinidad, y adentrarse como meta final de su viaje místico en la visión del estuario. Su obra no es una acción corporal, sino una visión espiritual y, por ende, del alma.

Y así, cuerpo entero hacia Dios irme del mundo
por una senda unánime y profunda,
de par en par el alma proyectada.

Verbo sumergido, unidad que se adora

Sabemos que puede haber quien desconozca la obra poética de Obregón como visión mística y sin duda puede tener razón. Pero así como hay poetas de acción y otros de visión, también suelen haber críticos de visión, no solo particular sino mística, y de una obra que tal vez no lo sea. Son los riesgos que la crítica y muchos críticos corremos: argumentar sin fundamentos. En todo caso, y a modo de defensa, declaramos que nuestro argumento tiene como fundamento la propia visión mística del poeta Obregón, es decir su obra, no así su vida.

Mientras la soledad de Dios engendra
fuentes, gravita entre sí misma,
hondamente, sonora,
en trinidad
de fuego.

La poesía de Obregón es un adentrarse en sí mismo, en su alma, hacia el eterno. A partir de su poema inaugural el poeta nos revela su credo: “trascender el ego” y “perderse en lo eterno”. Muy a diferencia de mucha de la poesía ególatra de mediados del siglo xx, preocupada por problemas existenciales, sociales, políticos, económicos, o en otros casos estéticos o bélicos, la poesía de Obregón busca algo que el hombre, en medio de tanta vana preocupación, ha olvidado: el rostro del Dios que las ideologías dictonómicas pretendieron dar por muerto o matar con el arma de la palabra.

¿Dónde está el espacio, cumbre sideral
sumergida sin luz en la noche infinita?
¿Dónde está el tiempo hecho cuerpo de
piedra,
la presencia inviolada,
el último contacto de la lanza nocturna?

“La carne está en el siglo” reza otro de sus esclarecedores versos. Mientras otras poéticas se venden ante la protesta políticamente correcta, ante el chiste ramplón y de culebrero, ante la fácil y pronta blasfemia, Obregón con la palabra, muy por el contrario, se dedica a “bendecir el insecto que roe el siglo de la carne” y a buscar “hacia dentro” “la trinidad de fuego”. Su poesía no es una arenga política, una alineación y alienación de teorías o ideologías, de manifiestos “poéticos”. Su poesía es trascendencia:

Soy la voz viva en busca de sí mismo
Soy el yo solitario en busca de sí mismo.

Ya desde “Presencia del mar” se aprecia el camino de su poesía: un canto del alma: “Te canto, oh mar, hermano de mi alma”. “Vengo de ti y hacia ti me dirijo”. Al igual que Baudelaire, Obregón se ilumina en la hoguera del misticismo, orientado hacia lo irracional y oculto:

El fuego más que fuego, contiene en
certidumbre
Liturgia de sí mismo, silencio en el silencio.

Su poesía es compleja y refinada, apartada de toda teoría, mas no así de la sabiduría. En su obra poética, la belleza y la sabiduría, dos de los tres dones de la divinidad, van de la mano:

Tu misterio es tan hondo.
Estas solo y te amas.

Sabiduría del poeta. Sabiduría de la poesía. Reconocimiento de lo humano y de lo divino, o mejor aún, de lo divino en lo humano. Una palabra: Dios. Un significado: amor. Y esta es justamente la distancia por destruir: la que separa al hombre del amor de Dios y lo confina en el mundo, en los actuales campos de concentración de la contingencia:

Pasa gente —gente vaga y soñolienta caminando pasa—

sin descifrar el lento sonido, anonadada y torpe,
pululada de ausencias, contingencias o mitos,
en una inercia lasa, suspendida en el aire.

Poesía como visión y profecía, cargada de un lirismo íntimo, pero no sentimental. Es más una plegaria de músicas sin igual y de una perfección matemática, de palabra a palabra, de verso a verso, de movimientos y ritmos, muy malleriana como destacara Torrente Ballester. La poesía de Obregón no es el resultado de una técnica aprendida y repetida como flujo productivo. Menos aún, un discurso ideológico transmitido y cacareado hasta el cansancio por los “poetas” de partido. Es visión de una sustancia divina impresa en el alma de toda criatura:

Verbo sumergido, unidad que se adora.

La visión de la naturaleza no la rechaza el poeta en cuanto esta se corresponde con la visión de la divinidad; por ende, su visión es más interna que externa, más “suprasensorial” que sensorial:

Desde tu hondura veo
contra la noche
un ciprés y una rosa.
Y lo que no veo
solamente es tu hondura.

Me hiciste monje
para cerrar los ojos.

Puede ser la visión del viento:

Bajo el ala del viento
el alma florece y se recrea.
Puede ser la visión de un árbol:

Antes de vísperas, te espero como un árbol
y la brisa deja entre las ramas
palabras tuyas y sedientos salmos.
Puede ser la visión del fuego:

El amor como el fuego nace
de sí mismo y en sí mismo
hacia lo eterno se despliega.

Y por supuesto, la visión de la noche del alma:

Irse hacia adentro y perdurar de asombro,
Irse hacia el fondo ardiente de la noche.

Estos son algunos de los elementos primordiales de la poética de Obregón, por medio de los cuales el poeta da cuenta de la visión y del poderío de esa sustancia divina: “Porque nada sería mi voz en tu enorme silencio”. A medida que destruye la distancia espaciotemporal que separa al hombre de Elohim, su poesía se hace cada vez menos personal pero mucho más íntima en cuanto a visión. Su estética se perfecciona: no es imaginación sino revelación. No hay lucha por asir el poema. Es ofrenda poética: el único lenguaje acorde con el cual hablar del silencio de Dios y de nuestros asuntos:

Solo ante la noche el ungido se yergue
como un árbol de fuego
y lo que aún perdura atestigüa y me salva
en su alto silencio.

Supo ser noche

Desde su muerte hasta nuestros días la estrella de Obregón no ha dejado de iluminar. Cada vez su luz brilla más intensamente en el cielo de la poesía. Su obra no es un invento editorial. ¿Qué verdadera poesía puede serlo? O un invento de algún escritor, como con mala leche alguien podría afirmar. Durante el siglo pasado la poesía tomó muchos rumbos, pero el camino místico fue uno de los menos transitados por vedado y despreciado. Para ser bautizado poeta se debía estar afiliado a un partido o a un ismo ideológico. Desde esta seguridad laboral muchos “poetas” recitaron a sus camaradas las consignas y formulas poéticas acordadas.

Si bien en *Distancia destruida* aún el mundo sensorial está presente, será en

Estuario cuando, tras lograr destruir la distancia que separa al hombre de Dios, encontraremos en su poesía la diáfana presencia de la divinidad, de Elohim. Por esto la poesía de Obregón no es un paisaje mental o ideológico, va más allá de la apariencia hasta encontrarse cara a cara con la verdad de sí mismo, con la verdadera naturaleza del hombre. Su arte no será una guerra terrenal, un discurso popular o un apoyo político o generacional, Obregón es poeta: no sabe ser nada más que ello. Desde siempre la poesía ha sido el arte adecuado con el cual hablar y dar cuenta de Dios: contemplación de su divinidad. Como anteriormente dijimos, su poesía es memento, oración, rezo, todas las cualidades de la más alta poesía mística:

Rezar es preguntarse por qué la hierba crece
por qué el trigo gravita santamente en su
espiga.

En un “siglo de la carne”, preocupado por el pan nuestro de cada día, por salvar el mundo hasta destruirlo, ¿quién se iba a ocupar de un Dios que ha muerto? Solo un Poeta, con mayúscula. La blasfemia en vez de la adoración es el alimento carnal. Aún hoy día algunos escritores mediocres pero gritones hacen de su alharaca apóstata del caballito de batalla con el cual capturan adeptos y alianzas editoriales. Mamotretos que son monumentos al irrespeto y al mal gusto. ¿Hemos de preocuparnos? No, al fin de cuentas “lejos mueren los perros ladrándole a luna”. La poesía de Obregón es transparente, aunque cargada de misterio, como corresponde a toda poesía de visión mística. La razón, aunque está presente, no alcanza a rozar los límites del infinito, escapa a la comprensión y se queda en el plano de la visión.

Más adentro que el cielo de la espera
más limpio de distancia que la lluvia
como roca en el mar

erguida en voluntad suprema
abierta a las primicias
entre hallazgos y nubes.

Y sobre su prematura y voluntaria muerte,
la del hombre, ya que el poeta Carlos Obregón
sigue aún vivo, se podría concluir, tras
la visión del rostro de Elhoim, que:

Ya no había distancia en su pupila
Supo ser noche y perdurar de hondura.

Bogotá, 11 de noviembre de 2013, día de
Carlos Obregón 

